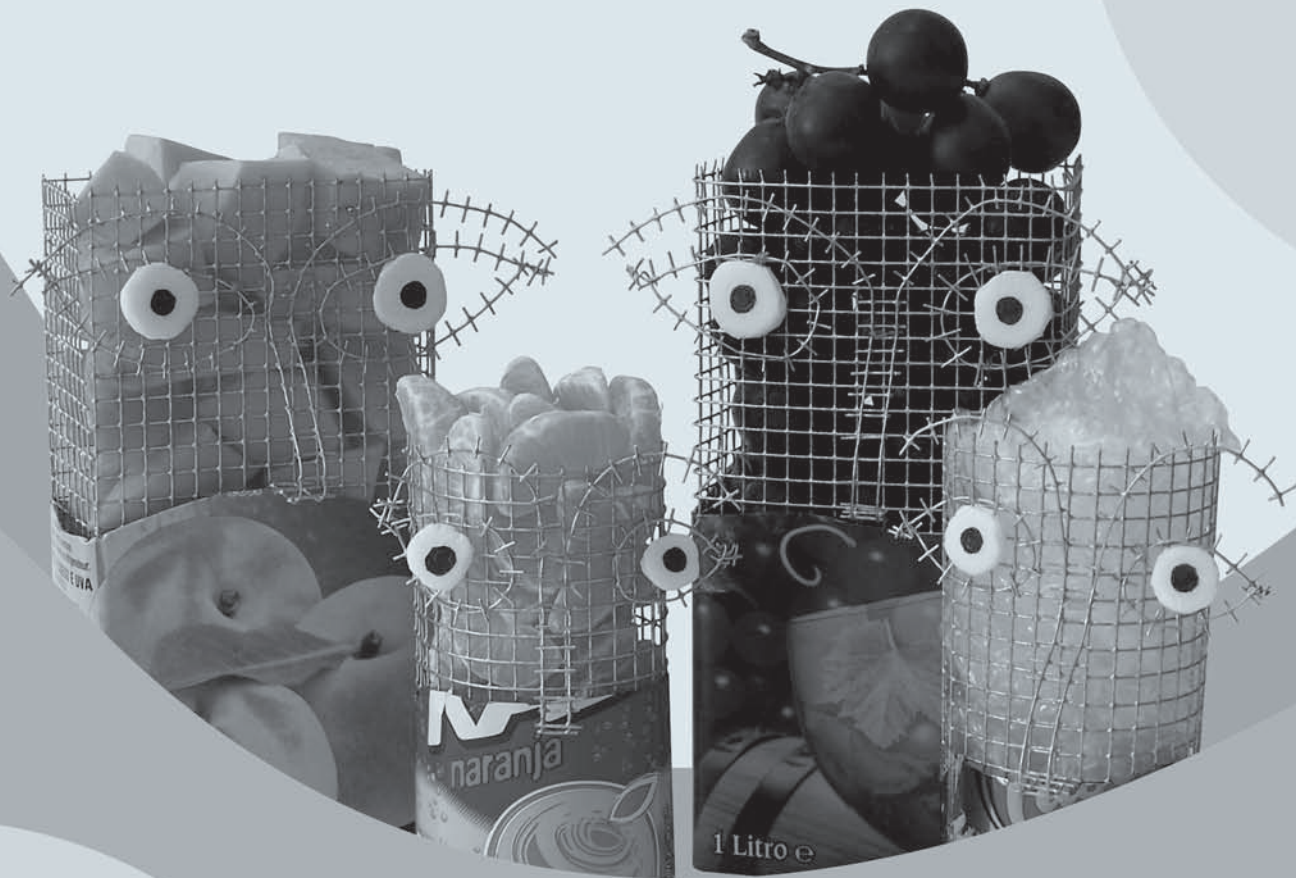


doña lata y don cartón





El reponedor del hipermercado había acabado de colocar en las estanterías los varios centenares de latas de bebidas de refrescos. Era hora de abrir al público y tenía que estar todo bien preparado para la venta.

Una de las latas, llena de naranjada y de curiosidad, miró a su alrededor para hacerse con su breve y nueva situación. Frente a ella se alineaban, en perfecta formación, cientos de envases de cartón que esperaban su mismo destino. Uno de ellos le llamó la atención.



- ¡Eh! ¡Cara cartón!, gritó la lata. Todos los acartonados envases fijaron su mirada en ella, que lejos de ruborizarse por ser el inesperado centro de atención, volvió a gritar: ¡Eh, tú! ¡Cara cartón, el de zumo de melocotón! ¡El envase primero de la segunda estantería de zumos! ¿Pero no te acuerdas de mí?

El envase a quien iban dirigidos los gritos no salía de su asombro. Entre tantos y todos iguales, alguien tenía que llamarle la atención. Ya era mala pata.

La lata volvió a interrogarle: Pero qué memoria más débil tienes, amigo. ¿No te acuerdas que nos conocimos en un carro de la compra en Santander y que luego coincidimos en un fenomenal y caluroso día de playa? Yo entonces era una lata de gaseosa y tú contenías vino de mesa, prosiguió la dicharachera lata.

Con todos los datos facilitados, el envase de cartón reconoció la escena mencionada pero no a quien apelaba a su amistad.

- Sí, dijo el zumo de melocotón, recuerdo perfectamente ese verano y de la alegre y burbujeante lata de gaseosa con la que compartí tan buenos momentos. No te hubiese reconocido en la vida. Estás tan cambiada. ¿Cómo me has reconocido? Yo tampoco me parezco en nada a como me conociste.

- Hay caras que no se olvidan en la vida y la tuya es una de ellas. Te reconocería entre mil millones, le hizo observar la lata.

Una vez asumido el susto, el envase de cartón se interesó por saber cómo había sido la vida de la lata desde ese día que compartieron en la playa cántabra.

- Si recuerdas, señaló la lata, cuando recogieron el pic-nic playero, nos separaron. A ti te depositaron en un contenedor de cartón y

a mí en uno de latas. Es lo que se llama “recogida selectiva”. De aquí me llevaron a una fábrica de “compactación” de residuos. Junto con miles de latas más, ya compactadas, pasamos al proceso de “fundición”, al que siguió el de “laminación”. Ya en láminas, en una fábrica, nos volvieron a convertir en latas.

Al zumo de melocotón se le pusieron las esquinas de su tetrabrik de punta. ¡Qué interesante y curioso era todo cuanto estaba contando la lata!

- ¿Pero por qué todo esto que me cuentas? Yo pensaba, continuó el envase de cartón, que sólo nos reciclaban a nosotros.

La lata, sabedora del interés que había despertado entre el resto de envases, se dispuso a dar una breve conferencia.

- Tenéis que ser conocedores, inició su discurso la lata, que cada persona tira a lo largo del año alrededor de 13 kilos de latas de aluminio y hojalata, lo que supone más de seis millones de latas en toda España. Además, cuatro de cada cinco latas de refresco que se fabrican en el mundo son de aluminio y sólo el 50% se recupera para su reciclaje. No hay que olvidar que un envase de aluminio continúa siendo un residuo sólido después de 500 años. La basura natural se puede enterrar y es benéfica para la tierra, no así la sintética o artificial como el vidrio, cartón, papel, aluminio o plástico.

La lata tomó aire para seguir contando todo cuanto había aprendido pero una mano la bajó de la estantería para depositarla en un carro de la compra. Lo último que el zumo de melocotón pudo oír de la lata fue: ¡Y tú, cara cartón, cómo llegaste aquí!



edita Ayuntamiento de Huesca [OMIC]
autor Fernando Herce
diseño e ilustraciones Nodográfico
imprime Gráficas Alós
D.L. Hu-74/2005